

los cónsules enviado al senado, al cuerpo legislativo y al tribunal. Ninguna de las constituciones había sido aceptada por mayor número de sufragios.

La constitución de 1793 llegó a reunir 1.800.000 votos favorables y 11.000 votos contrarios; la constitución directorial de 1795 obtuvo 1.057.000 votos favorables y 49.000 contrarios; ahora presentáronse más de tres millones de votantes, de los cuales tres millones adoptaron la constitución y sólo 1.500 se negaron a reconocerla (1). Estas vanas formalidades muy poco significan en verdad para los hombres de entendimiento; la voluntad de una sociedad no se deduce en esas demostraciones vulgares y á veces mentidas, sino de su aspecto moral. Pero la diferencia en el número de los votantes tenía ahora una significación incontestable; probaba por lo menos cuán general era el deseo que se experimentaba de un gobierno fuerte y reparador, capaz de asegurar el orden, la paz y la victoria (2).

Antes de partir al ejército decidióse por fin el primer cónsul á dar un paso importante, que era establecerse en las Tullerías. Con la disposición de los ánimos á ver en él un César ó un Cromwell destinado á terminar el imperio de la anarquía con el imperio del poder absoluto, su instalación en el palacio de los reyes era un paso verdaderamente atrevido y delicado, no por la resistencia que pudiera suscitar, sino por el efecto moral que podía producir.

Para ocurrir á esto dispuso ingeniosamente el primer cónsul que precediese á su traslación una imponente y oportuna ceremonia. Washington acababa de morir; todos los amigos de la libertad deploraban la muerte del ilustre personaje que llenó con su nombre la última mitad del pasado siglo; y juzgando el primer cónsul que sería oportuna una manifestación de público sentimiento por aquella dolorosa pérdida, dirigió á los ejércitos con la orden del día la siguiente proclama:

«¡Washington ha muerto! Este grande hombre se batió contra la tiranía y consolidó la independencia de su patria. Su memoria será siempre grata al pueblo francés, como á todos los hombres libres de ambos mundos, y especialmente á los soldados franceses, que como él y los soldados americanos combaten por la igualdad y la libertad.»

Se mandó en consecuencia que hubiera luto por espacio de diez días; el luto consistía en un crespón negro

(1) He aquí las cantidades exactas: en 1793, 1.801.918 votos favorables y 11.160 contrarios; en 1795, 1.057.590 votos favorables y 49.955 contrarios; en 1800, de 3.012.569 votantes, 3.011.007 favorables y 1.562 contrarios. (N. del A.)

(2) Para recoger dicha votación abriéronse registros en todas las municipalidades, donde cada ciudadano había de consignar su voto; pero no había más escrutador que el gobierno. Consta por algunos periódicos de la época que ocurrieron en semejante votación hechos increíbles: imposible es considerar esta aceptación, decía uno de ellos, más que como una operación irrisoria; ha habido empleado que ha firmado con cien nombres diversos en diez puntos separados; muchos han consignado en los registros nombres supuestos para tener el placer de agregar á ellos equívocos ridículos, retruécanos y versos burlescos.

Semejante manera de votar destruía toda la libertad y toda la verdad del acto, porque ¿quién había de prestar un voto contrario bajo su firma? Y además, ¿no bastaban unos cuantos empleados de confianza para dar al total de los votos favorables todo el aumento que se le antojara al poder? Añádase á esto que en dicho total estaba incluida la votación del ejército, que era forzosa.

(N. del T.)

suspendido en todas las banderas de la república. No se limitó á eso el primer cónsul: mandó disponer una solemnidad noble y sencilla en la iglesia de los Inválidos, que en el lenguaje fugitivo de la época llevaba el nombre de Templo de Marte; aun no habían sido presentadas al gobierno las banderas conquistadas en Egipto, y el general Lannes recibió el encargo de hacer entrega de ellas al ministro de la Guerra con aquel motivo, bajo la soberbia cúpula erigida por el gran rey Luis XIV á la ancianidad guerrera.

El 9 de febrero (20 pluvioso), reunidas todas las autoridades en los Inválidos, presentó el general Lannes al ministro de la Guerra, Berthier, noventa y seis banderas ganadas en las Pirámides, en Monte Tabor y en Abukir, pronunciando una arenga breve y marcial, á la que contestó Berthier en el mismo tono. Estaba éste sentado entre dos inválidos centenarios y tenía enfrente el busto de Washington sombreado con las mil banderas conquistadas á la Europa por los ejércitos de la Francia republicana.

Cerca de allí se alzaba una tribuna: subió á ella un proscrito que debía su libertad á la política del primer cónsul. Era M. de Fontanes, escritor puro y brillante, y el último que ha sabido manejar esa lengua francesa tan perfecta en otro tiempo, sepultada hoy con el siglo XVIII en el abismo de lo pasado. Pronunció M. de Fontanes, en lenguaje trabajado, pero magnífico, el panegírico del héroe de la América: celebró las virtudes militares de Washington, su valor, su prudencia, su desinterés: encareció sobre el genio militar que alcanza victorias el genio reparador que pone término á las guerras civiles, cicatriza las llagas de la patria y da la paz al mundo. Evocó ante la sombra de Washington las sombras de Turena, de Catinat y de Condé, y hablando en cierto modo por boca de aquellos grandes hombres, halló oportunidad para hacer, bajo la forma más delicada y más digna, un encomio que no pareció falto de nobleza porque iba acompañado de sabias enseñanzas.

«Sí, exclamó al concluir, tus consejos serán oídos, ¡oh Washington!, ¡oh guerrero!, ¡oh legislador!, ¡oh ciudadano sin tacha! El que siendo aún joven te sobrepujó en las batallas, cerrará como tú con sus manos triunfantes las heridas de la patria. En breve el himno de la paz resonará en este templo de la guerra; así nos lo prometen su voluntad y su genio belicoso si por desgracia fuese necesario; entonces el sentimiento universal de júbilo borrará el recuerdo de todas las injusticias y opresiones...; ¡ya los mismos oprimidos olvidan sus males y se entregan á la confianza del porvenir!.. Las aclamaciones de todos los siglos acompañarán al héroe que procure este beneficio á la Francia y al mundo agitado por ella de tanto tiempo atrás.»

Terminado este discurso se prendieron negros crespones en todas las banderas, y la república francesa llevó luto por el fundador de la república americana, á la manera que las monarquías lo llevan unas por otras por sus mutuas pérdidas. ¿Faltaba algo á esa pompa para que tuviese la grandeza de las escenas fúnebres á que asistía Luis XIV, oyendo de los labios de Flechier ó de Bossuet el panegírico de sus guerreros? ¿No la grandeza de las cosas y de los hombres, porque se hablaba de Washington delante del general Bonaparte, se

hablaba á una sociedad que había visto también á otro monarca como Carlos I subir al cadalso, siguiéndole además una mujer coronada! Podían pronunciarse á cada instante los nombres de Fleurus, de Arcola, de Rívoli, de Zurich y de las Pirámides, y ¡estos gloriosos nombres podían seguramente dar el mismo realce á un discurso que los de Dunas y Rocroy! ¿Qué faltaba, pues, á semejante solemnidad para ser del todo grande? Faltaba lo que no podía darla ni el más grande de los hombres: faltaba en primer lugar la religión, no la religión que se finge, sino la que realmente se tiene, y sin la cual siempre son lánguidos todos los panegíricos de los muertos: faltaba el genio de Bossuet, porque hay grandezas que las naciones pierden para siempre, y si los Turenas y los Condés tienen sucesores, los Bossuet no los tienen.

Faltaba en fin la sinceridad y la ingenuidad, porque no podía menos de parecer afectado aquel homenaje yendo dirigido á un héroe cuya principal gloria fué el desinterés y la poca ambición. No creamos sin embargo con el vulgo de los interpretadores que todo aquello fué pura hipocresía; hubo una parte sin duda, pero también entraron en ello ilusiones comunes á todos los tiempos; porque en efecto suelen los hombres más á menudo engañarse á sí mismos que engañar á los demás. Muchos franceses, como los romanos bajo Augusto, creían aún en la república, porque se pronunciaba con cierto respeto su nombre; y no hay fundamento para afirmar que el mismo que dispuso aquella ceremonia fúnebre, el mismo general Bonaparte, no se engañase al celebrar á Washington, creyendo efectivamente que así en Francia como en Inglaterra podía uno ser el primero sin ser rey ó emperador.

Aquella ceremonia era el preludio de la instalación de los tres cónsules en las Tullerías. Desde mucho tiempo atrás se estaban haciendo en este palacio las necesarias reparaciones; borrábase todas las huellas y señales que había dejado la Convención, y se quitaban los gorros encarnados que por su orden se pusieron entre sus dorados artesones. Debía ocupar el primer cónsul las habitaciones del piso principal, las mismas que la familia hoy reinante ocupa cuando celebra sus saraos (1). Su esposa y sus hijos debían ocupar el entresuelo que cae debajo de aquella habitación. La galería de Diana era lo mismo que ahora el vestíbulo que había que atravesar para llegar al departamento del jefe del Estado; hízola decorar el primer cónsul con bustos que representaban una serie de hombres grandes, en cuya elección seguía sus propias predilecciones; véase allí á Demóstenes, Alejandro, Aníbal, Escipión, Bruto, Cicerón, Catón, César, Gustavo Adolfo, Turena, Condé, Duguay-Trouin, Marlborough, Eugenio, el mariscal de Sajonia, Washington, Federico el Grande, Mirabeau,

(1) «El primer cónsul ocupa todas las habitaciones comprendidas entre el pabellón de Flora y el de la Unidad. Los departamentos del entresuelo que miran al jardín están destinados á madama Bonaparte, y los que caen en la plaza del Carrousel á las dependencias y oficinas. Mientras se concluye la obra que se está haciendo en la parte que ocupa la Convención, el cónsul Cambaceres vivirá en el *Hôtel d'Elbeuf*; Lebrún ocupa todo el pabellón de Flora. El Consejo de Estado se reúne provisionalmente en una parte de la galería grande, donde estaba antes el archivo, junto á las habitaciones de Bonaparte.» (Relación de un testigo ocular.) (N. del T.)

Dugommier, Dampierre, Marceau y Joubert, es decir, guerreros y oradores, defensores de la libertad y conquistadores, héroes de la antigua monarquía y de la república, y por fin cuatro generales de la revolución muertos en la guerra. Rodearse con las glorias reunidas de todos los tiempos y de todos los países, así como rodear su gobierno con lo bueno de todos los partidos, era la propensión que en toda circunstancia quería hacer más visible.

Pero no había de ocupar él solo las Tullerías; sus dos colegas habían de habitar también en aquel palacio. El cónsul Lebrún fué alojado en el pabellón de Flora. Cambaceres, por su parte, á pesar de que su puesto era anterior al de Lebrún, no quiso ocupar aquella regia morada; este personaje, que tenía consumada prudencia y que era tal vez el único de los hombres de su época que no se formaba ilusiones, dijo á su colega Lebrún: «Es un disparate que nos alojemos en las Tullerías; eso no nos corresponde, y yo por mi parte no lo haré. El general Bonaparte querrá muy pronto quedarse solo y será preciso salir; creo, pues, que es mejor no entrar.» Lo hizo como lo había dicho, y diéronle en la plaza del Carrousel una suntuosa morada que conservó todo el tiempo que Napoleón duró en el Imperio.

Cuando todo estuvo dispuesto, y pocos días después de la ceremonia fúnebre de los Inválidos, resolvió el primer cónsul tomar públicamente posesión de las Tullerías, é hízolo con gran solemnidad.

El 19 de febrero (30 pluvioso) salió del Luxemburgo para trasladarse á su nuevo palacio precedido y seguido de un imponente cortejo. Abrían la marcha al mando de Lannes, Murat y Bessieres, las rozagantes tropas que pasaron de Holanda á la Vendée, de la Vendée á París, y que iban ahora á adquirir glorias por la centésima vez á las llanuras de Alemania y de Italia. Seguían en coches, alquilados y prestados la mayor parte, los ministros, el Consejo de Estado y las autoridades públicas, y venían por último los tres cónsules en un soberbio carruaje tirado por seis caballos blancos. En aquella circunstancia pareció muy oportuno presentarse con aquel hermoso tiro, porque eran los mismos caballos que el emperador había regalado al general Bonaparte al celebrarse el tratado de Campo-Formio. Recibió además el general de manos de aquel príncipe un magnífico sable que tuvo buen cuidado de llevar ese mismo día; con lo cual iba luciendo todo lo que podía recordar al guerrero pacificador. El genio que llenaba las calles y el muelle que conduce á las Tullerías saludó su presencia con vivas aclamaciones; aclamaciones sinceras, porque se dirigían en él á la gloria de la Francia y al comienzo de la prosperidad. Así que llegó al Carrousel fué el carruaje de los cónsules recibido por la guardia consular, y pasó por entre dos cuerpos de guardia construídos uno á derecha y otro á izquierda en el ancho patio del palacio. En uno de ellos subsistía aún esta inscripción: EL TRONO QUEDA ABOLIDO EN FRANCIA Y NO VOLVERÁ Á LEVANTARSE.

Montó después á caballo el primer cónsul (2), y pasó revista á las tropas que estaban formadas delante del palacio. Al llegar al frente de las banderas ennegreci-

(2) Pasó aquella revista en un hermoso corcel de batalla que trajo de Egipto. (N. del T.)

das y acribilladas á balazos de las medias brigadas 96.^a, 43.^a y 30.^a, las saludó, y los soldados le contestaron con repetidos vivas. Después de recorridas las filas, se colocó en medio del pabellón de Flora y presenció el acto de desfilar los soldados. Sobre su cabeza en el balcón principal del palacio estaban los cónsules, las principales autoridades y su familia que empezaba ya á figurar en el Estado. Terminada la revista, subió á las habitaciones, y el ministro de lo Interior introdujo á su presencia á las autoridades civiles, el ministro de la Guerra á las autoridades militares y el ministro de Marina á todos los oficiales marinos que se hallaban á la sazón en París. Aquel día hubo banquete en las Tullerías y en casa de los ministros (1).

El servicio del palacio consular se dispuso del modo siguiente: se confió su administración general á Mr. Benezech; consejero de Estado y antiguo ministro de lo Interior; el cargo de hacer los honores incumbía á los edecanes, y principalmente á Duroc, los cuales habían de substituir á la multitud de empleados de toda especie que llenan por lo general las vastas habitaciones de los monarcas europeos (2). Recibía el primer cónsul al cuerpo diplomático cada quince días, el 2 y el 17 de cada mes. Una vez cada diez días, y en días diversos y á horas determinadas, recibía á los senadores, á los individuos del cuerpo legislativo y del tribunalado y á los magistrados del tribunal de casación. Los empleados que tenían algo que comunicarle debían dirigirse á los ministros de sus ramos respectivos para ser presentados por ellos. El 2 ventoso (21 febrero), dos días después de su instalación en las Tullerías, dió audiencia al cuerpo diplomático redeado de un numeroso estado mayor, y con los dos cónsules á su lado, recibió á los enviados de las potencias que no estaban en guerra

(1) Refiere un testigo ocular que asistieron al banquete de Bonaparte los cónsules, los ministros y los presidentes de las primeras corporaciones del Estado. Murat festejó á los oficiales superiores del ejército, y todo el Consejo de Estado, desde el primero hasta el último, pasó en coches simones á casa de Luciano.

(N. del T.)

(2) Los edecanes bajo el consulado venían á ser lo que en tiempo de Luis XIV fueron aquellos bizarros y elegantes jóvenes de la corte, que iban á los asedios llenos de cintas y preseas y llevaban las faginas con la misma jovialidad galante con que ofrecían sus ramilletes á las damas. Los edecanes eran los privilegiados del bello sexo en las reuniones de Josefina.

(N. del A.)

con la república; introdujolos Mr. Benezech, presentólos al ministro de Negocios extranjeros, y entregaron sus credenciales al primer cónsul, quien las pasó al ministro á la manera poco más ó menos que los soberanos en los gobiernos monárquicos. Los agentes extranjeros que figuraron en aquella audiencia fueron el embajador de España marqués de Muzquiz, el ministro de Prusia Sandoz-Rollín, el embajador de Holanda Schimmelpenninck, el enviado de la república Cisalpina Serbelloni, y por último los encargados de Negocios de Dinamarca, Suecia, Suiza, Baden, Hesse-Cassel, Roma, Génova, etc. (*Monitor* del 4 ventoso del año VIII).

Acabada la presentación, fué introducido el cuerpo diplomático ante la esposa de Bonaparte.

Cada cinco días pasaba el primer cónsul revista á los regimientos que cruzaban por París con dirección á las fronteras: entonces era cuando se dejaba ver de las tropas y del gentío que siempre acudía ansioso á contemplarle. Pálido, consumido, inclinado sobre su caballo, interesaba y sorprendía á la vez por el buen parecer de su fisonomía grave y melancólica, por cierta ligera tinta de sufrimiento que en ella se advertía y que empezaba á inspirar mucho cuidado, porque jamás la existencia de hombre alguno fué tan deseada como lo era entonces la suya. Después de las revistas eran admitidos á su mesa los oficiales de las tropas, y también eran llamados los ministros extranjeros, los miembros de las asambleas, los magistrados, y los empleados más calificados á aquellos convites donde reinaba un lujo comedido. No había aún en aquella corte naciente ni damas de honor ni gentileshombres, y la etiqueta era severa, pero un tanto afectada. Huíanse los usos del Directorio, bajo el cual cierta ridícula imitación de las costumbres antiguas, unida con la disolución de las costumbres actuales, había despojado de toda dignidad á la representación exterior del gobierno. Reinaba el silencio; todos estaban en observación, y las miradas siempre fijas en el personaje extraordinario que había ejecutado ya tan grandes cosas y que prometía otras aún mayores.

Cada cual esperaba á ser interrogado por él, y la respuesta siempre era sumisa y deferente.

Al día siguiente de hallarse establecido en las Tullerías, dijo el general Bonaparte á su secretario Mr. de Bourrienne: «¡Conque ya estamos en las Tullerías, Bourrienne!.. Ahora preciso no dejarnos echar.»

LIBRO TERCERO

ULM Y GÉNOVA

Preparativos de guerra. — Fuerzas de la coalición en 1800. — Ejército del barón de Melas en la Liguria y del mariscal de Kray en Suabia. — Plan de campaña de los austriacos. — Importancia de Suiza en esta guerra. — Plan del general Bonaparte. — Forma la resolución de valerse de Suiza para caer sobre el flanco de Mr. de Kray y acometer á Melas por la espalda. — Encargo que da á Moreau y que toma sobre sí mismo. — Creación del ejército de reserva. — Instrucciones dadas á Massena. — Principio de las hostilidades. — El barón de Melas acomete al ejército de la Liguria sobre el Apenino y le divide en dos mitades, repeliendo á la una sobre el Var y á la otra sobre Génova. — Massena sitiado en Génova se dispone á una tenaz resistencia. — Descripción de Génova. — Combates heroicos de Massena. — Instancias del primer cónsul á Moreau para determinarle á comenzar las operaciones en Alemania con objeto de socorrer cuanto antes á Massena. — Paso del Rhin por cuatro puntos. — Consigue Moreau reunir de cuatro cuerpos de ejército tres, y cae sobre los austriacos en Engen y en Stokach. — Batallas de Engen y de Mœsskirch. — Retirada de los austriacos al Danubio. — Jornada de Saint-Cyr en Biberach. — Mr. de Kray ocupa el campamento atrincherado de Ulm. — Maniobras de Moreau para desalojarle de aquella posición. — Movimientos mal concertados de Moreau que por fortuna no producen malas resultas. — Moreau arrincona definitivamente á Mr. de Kray en Ulm y se fortalece enfrente de Augsburgo esperando el resultado de los sucesos de Italia. — Resumen de las operaciones de Moreau. — Carácter de este general.

Después de haber dirigido á la Europa vivas instancias para el logro de la paz, instancias que sólo podían parecer bien en un general cubierto de gloria, no tenía el primer cónsul otro arbitrio que empezar una guerra preparada ya con grande actividad durante el invierno de 1799 á 1800 (año VIII). Fué esta guerra á un mismo tiempo la más legítima y una de las más gloriosas de aquella época de hazañas.

Aunque Austria observó en cuanto á las formas un comedimiento que no mostró Inglaterra, concluyó sin embargo con la misma repulsa negándose á la paz. La vana esperanza de conservar en Italia la situación ventajosa que debía á las victorias de Suwarow, los subsidios de Inglaterra, la opinión errónea de que Francia no podía entrar en una nueva campaña por carecer de hombres y de dinero, pero sobre todo la fatal obstinación de Mr. de Thugut que sostenía en Viena el partido de la guerra con la misma terquedad que Mr. Pitt en Londres, y á quien movía mucho más el interés personal que el verdadero patriotismo, todas estas causas reunidas habían arrastrado al gabinete austriaco á cometer uno de los más crasos errores políticos desaprovechando la buena coyuntura que se le había presentado para negociar. Preciso era tener una gran ceguera para creer que sería posible obtener de un gobierno nuevo, ya completamente organizado, prodigiosamente activo y dirigido por el primer capitán del siglo, nuevas ventajas como las que había producido la incapacidad del Directorio.

El archiduque Carlos, que reunía á sus verdaderos talentos militares gran moderación y modestia, se esforzó en demostrar todos los peligros que llevaba consigo la continuación de la guerra y la dificultad de hacer frente al famoso adversario que iba á entrar en la liza. La única respuesta que recibió fué que le despojaban del mando de los ejércitos austriacos, privándolos así del único general que podía dirigirlos con alguna pro-

babilidad de buen éxito. Se quiso paliar aquella destitución dándole el título de gobernador de Bohemia; pero el ejército echaba muy de menos á aquel príncipe, á pesar de que le dieron por sucesor al barón de Kray, que se había señalado mucho en la última campaña de Italia. Era Mr. de Kray un oficial valiente, capaz y experimentado, y no se mostró indigno del mando que se le acababa de conferir.

Para llenar el vacío que habían dejado los rusos en las filas de la coalición, Austria, secundada por los subsidios de Inglaterra, alcanzó de los Estados del imperio un suplemento de fuerzas de bastante consideración. Por un tratado particular firmado en 16 de marzo por Mr. de Wickam, ministro británico cerca del elector de Baviera, se obligó este príncipe á suministrar, además de su contingente legal como miembro del imperio, un cuerpo supletorio de doce mil bávaros. Otro tratado de la misma especie, firmado en 20 de abril con el duque de Wurtemberg, proporcionó al ejército coligado otro cuerpo de seis mil wurtembergueses. Finalmente, el 30 de abril aquel mismo negociador obtuvo del elector de Maguncia un cuerpo de cuatro á seis mil maguntinos, bajo las mismas condiciones pecuniarias. Además de los gastos de alistamiento, equipo y manutención de sus tropas, garantía Inglaterra á los príncipes alemanes coligados que no se trataría con Francia prescindiendo de ellos, y se comprometía á hacerles restituir sus Estados cualquiera que fuese la suerte de la guerra, y hacíales en cambio prometer que no darían oídos á ninguna proposición de paz que se les hiciese aisladamente.

Entre las tropas alemanas eran las de Baviera las mejores; seguían á éstas las del Wurtemberg; pero las maguntinas se componían de milicias sin valor y sin disciplina. Además de estos contingentes regulares había excitado á tomar las armas á los lugareños de la Selva Negra, atemorizándolos con los desastres que